Notas de Patricio Aylwin sobre su padre, Miguel Aylwin Gajardo

Don Miguel Aylwin Gajardo nació en San Javier el 29 de abril de 1889, hijo de don Ricardo Aylwin y de doña Domitila Gajardo. Su padre era oficial del Registro Civil de esa comuna. Al término de la guerra civil de 1891 fue separado de su cargo y encarcelado por su condición de balmacedista. El primer recuerdo de infancia que Miguel conservaba en su memoria era el de la visita que, llevado por su madre, hizo a su padre en la cárcel de San Javier; el hecho debe haberlo impresionado mucho porque jamás lo olvidó.

Antes de cumplir cinco años, Miguel quedó huérfano de padre y madre; con diferencia de pocos meses, ambos fallecieron. Los hermanos, de los cuales Miguel era el penúltimo[1], fueron distribuidos en distintos lugares entre tíos y abuelos, quienes se encargaron de su educación. Miguel se crio con sus abuelos maternos, don Miguel Gajardo y doña Trinidad Fernández, quienes vivían en Constitución, lugar de origen de la familia Aylwin, pues allí llegó a mediados del siglo XIX don Ricardo Patricio Aylwin, el fundador de la familia en Chile, de quien descienden todos los que llevan ese apellido en nuestro país.

Don Miguel Gajardo era agricultor, dueño del fundo Culenco en las afueras de Putú, lugar situado unos veinte kilómetros al norte de Constitución. Trabajador y campechano, exigente consigo mismo y con los demás, el abuelo Miguel intentó, desde pequeño, inculcarle a su nieto de igual nombre hábitos de trabajo y disciplina, asignándole tareas en las labores campesinas de las cuales exigía cumplida cuenta. Cuidador de gansos, cuidador de pavos y cuidador de yeguas trilladoras fueron los sucesivos oficios que en escala ascendente el niño "Caña Hueca" – como lo llamaba el abuelo, tal vez por lo hablador- desempeñó en el fundo Culenco, lo que hasta su vejez recordó con cierta nostalgia y alegría. En esas labores compartía, fraternizaba y hacía picardías propias de esa edad, con los hijos de los trabajadores, que eran sus amigos.

En los inviernos Miguel vivía en Constitución con su abuela Trinidad, con quien rezaba todas las tardes de rodillas el rosario familiar. Ahí hizo sus primeras letras en alguna escuela del lugar.

No cumplía aún once años cuando esa etapa bucólica de la vida concluyó abruptamente. Preocupados de su porvenir, los abuelos lo enviaron a Santiago a estudiar interno en la Escuela Normal de Profesores José Abelardo Nuñéz, establecimiento que tenía gran prestigio por la calidad de sus profesores, muchos de ellos venidos de Alemania. Solo, sin conocer a nadie, con una carta de presentación a una familia amiga de sus abuelos, viajó a la capital en diciembre de 1889 a fin de dar los exámenes necesarios para ser aceptado en esa escuela en marzo siguiente. Allí le tocó presenciar solo, triste y asombrado, la euforia y el entusiasmo de las festividades con que se recibió el advenimiento del siglo XX, el 1 de enero de 1900.

[1] Los hermanos Aylwin Gajardo fueron 10: Ricardo, Elena, Homero, Arturo, Eduardo, Domitila, Ernesto, Ana, Miguel y Lidia.

En la Escuela Normal, Miguel fue un estudiante aventajado, al mismo tiempo que travieso. Lejos de su familia, su mundo era la escuela, sus profesores y compañeros con quienes compartía estudios y distracciones. Salvo las visitas que ocasionalmente hacía a los amigos de su abuelo que lo habían recibido cuando llegó por primera vez a Santiago, permanecía en la Escuela Normal aún domingos y festivos, como muchos otros niños de provincia. Su gran afición era jugar fútbol y salir a dar vueltas a la Quinta Normal y a la Estación Central.

En 1906 egresó de la escuela con flamante título de profesor primario y fu designado "preceptor de Curanipe". Pero él tenía otras ambiciones. En vez de partir a ese lejano lugar se preparó para dar el Bachillerato e ingresar al Pedagógico a fin de seguir estudiando para profesor de historia. Para cumplir ese propósito tuvo que superar varios problemas, entre otros aprender inglés. La prueba de Bachillerato comprendía ese idioma que no se enseñaba en a la escuela Normal.

En aquellos años había en Santiago un colegio llamado Trinity College, atendido por profesores de nacionalidad inglesa, varios de los cuales vivían en el propio establecimiento. El joven Miguel se presentó al director del colegio y le pidió ser recibido de pensionista en las vacaciones de enero y febrero de 1907, ofreciendo en cambio, ayudar en las tareas domésticas. Acogido favorablemente por el director y su señora, pasó los dos meses en su hogar, hablando únicamente en inglés. Diariamente acompañaba a la señora a sus compras, ayudaba en los quehaceres de toda casa, compartía con los profesores y el resto de su tiempo, estudiaba. Así pudo salir airoso de su Bachillerato en marzo siguiente y cumplir su anhelo de ingresar al Pedagógico.

Para sustentarse mientras estudiaba fue necesario trabajar, lo que hizo como Inspector en la Escuela Normal- donde siguió viviendo durante algún tiempo- y haciendo clases particulares. En esa época se trasladó a vivir como pensionista al hogar de la señora Blest Gana[2], hermana del famoso escritor, mujer culta e inteligente que recibía en su casa a jóvenes estudiantes como pensionistas y mantenía con éstos una tertulia en que compartían con sus amistades las inquietudes culturales, artísticas y políticas del mundo intelectual santiaguino de comienzos de siglo.

Allí conoció a muchos jóvenes que entonces empezaban a distinguirse e hizo amistades que durarían toda la vida, como la que tuvo con Rodolfo Lenz, también pensionista de la señora Blest Gana, gran dentista y compositor musical que llegaría a ser Decano de la facultad de Odontología de la Universidad de Chile y Premio Nacional de Música.

Mientras estudiaba en el Pedagógico se interesó especialmente por la Psicología, cátedra que hacía el notable maestro alemán Wilhelm Mann, de quien llegó a ser directo colaborador. El primer cargo público de Miguel Aylwin fue de ayudante del Laboratorio de Psicología Experimental de la Universidad de Chile que dirigía el Dr. Mann.

Siendo profesor de Historia y Geografía en 1909, de inmediato se dispuso a continuar estudiando, esta vez Derecho, lo que hizo simultáneamente con el desempeño de sus labores docentes como

[2] Mercedes Blest Gana.

profesor de historia y geografía del Liceo de Aplicación y en la escuela Militar y de su trabajo como investigador en el Laboratorio de Psicología.

En 1910 viajó a Buenos Aires integrando la delegación de universitarios chilenos al Congreso Latinoamericano de Estudiantes que allí se celebró con ocasión del Centenario de la Independencia. Formaron parte también de esa delegación, entre otros, Pedro Prado y Carlos Vicuña Fuentes que luego tendrían destacada actuación en la vida nacional, el primero como poeta y el segundo como profesor ensayista y abogado.

Sus obligaciones de trabajo impidieron a Miguel Aylwin hacer sus estudios de derecho con regularidad. Siguió algunos cursos en la Universidad de Chile y otros en la Universidad Católica. Lo cierto es que en 1915 se recibió de abogado luego de haber sido aprobada con distinción su memoria sobre la Ley de Instrucción Secundaria y Superior.

De esos tiempos data su vinculación con otros jóvenes universitarios que más tarde se distinguirían en el servicio al país. Con Raimundo del Río, Ernesto Barros Jarpa, Arturo Matte Larraín y otros formaron el grupo "Los Sociólogos" por su interés en esta disciplina, que recién empezaba a cultivarse.

De esta data también es su ingreso a la Masonería y a la Juventud Liberal, en la cual tuvo destacada participación, llegando a ser Presidente – entre 1916 y 1917 - del Centro Liberal de Santiago.

En enero de 1918 contrajo matrimonio con Laura Azócar Álvarez, con quien estaba ennoviado desde hacía varios años. Se trasladó entonces a Valparaíso donde se incorporó a trabajar en el estudio de don Guillermo Rivera, abogado de gran situación, senador de la República y uno de los líderes del Partido Liberal. En el mismo estudio trabajaba su cuñado, Guillermo Azócar Álvarez[3] que , al poco tiempo, sería elegido diputado por Quillota y Limache y con quien le unió una gran amistad durante toda su vida.

Radicado en Valparaíso, no quiso abandonar su vocación de profesor, vinculándose al Curso Fiscal de Leyes de ese puerto donde hizo clases de Derecho Procesal y Administrativo.

Muy pronto Miguel Aylwin se destacó en el ejercicio de la abogacía, como un profesional capaz, estudioso, de gran claridad mental, penetrante argumentación y elocuencia, lo que determinó que su jefe don Guillermo Rivero le encomendara importantes y difíciles defensas, entre ellas algunas ante la Corte Suprema, en las que tuvo relevantes éxitos.

Una grave enfermedad interrumpió de pronto las promisorias expectativas que entonces se abrían para su carrera profesional y política. Se trató de una tuberculosis pulmonar fulminante que apareció repentinamente y lo tuvo al borde de la muerte. Desahuciado, un médico amigo le recomendó viajar al Valle del Elqui a un sanatorio que acababa de instalarse en Diaguitas. Gracias a la ayuda de sus cuñados Guillermo y Luis Azócar, la hospitalidad de la familia serenense Álvarez Piderit y, sobre todo, el coraje y abnegación de su mujer Laura que lo impulsó a dar ese paso y lo acompañó solícita junto

[3] Guillermo Azócar fue diputado y senador del Partido Socialista.

a su hijo de pocos meses[4], Miguel pudo seguir ese consejo y radicarse en Diaguitas durante un semestre. Fue una verdadera aventura, posible solo por su fuerza de carácter y por el amor y entereza de su mujer. El clima oxigenado y un régimen alimenticio muy severo- un litro de leche, medio kilo de carne y seis huevos al día, entre otras cosas- produjeron el milagro de una curación total. Tanto que muchos años después, los médicos al examinarlo y mirar las radiografías de sus pulmones, ponían en duda que alguna vez hubiera tenido una tuberculosis pulmonar.

Vuelto a Valparaíso, luego de su restablecimiento, Miguel Aylwin decidió renunciar a muchas de sus inquietudes y aspiraciones a favor de poder llevar una vida ordenada que creía indispensable para mantener su salud. El ejercicio libre de la abogacía y la actividad política imponen una vida sin horarios, impropia para quien se teme amenazado por una enfermedad. Se trasladó entonces a vivir a Villa Alemana, cuyo clima se consideraba mejor y procuró ingresar al Poder Judicial. Pudo hacerlo en 1924, al ser designado relator de la Corte de Apelaciones de Valparaíso.

Junto a dar ese paso, Miguel Aylwin escogió para su vida el camino del retraimiento en su hogar y en su trabajo. Entendía que el juez debe cuidar con celo su independencia de modo que ningún vínculo, simpatía o afecto lo aparte de la imparcialidad indispensable para hacer justicia. Por eso se alejó de su Partido, de la Masonería y hasta de las reuniones sociales. Mantuvo la lealtad a sus principios y el afecto de sus amigos, pero sin ningún gesto catoniano procuró mantenerse inadvertidamente, refugiado en su trabajo y en su familia.

En 1927 fue nombrado ministro de la Corte de Apelaciones de Valdivia; en 1929 fue trasladado a la de Santiago[5] y en 1946 ascendió a ministro de la Corte Suprema, cuya presidencia desempeñó entre 1957 y 1960. En abril de este último año, cuando terminaba su período de Presidente del más alto Tribunal, cumplía 71 años de edad y había desempeñado más de medio siglo de servicio público, se acogió a jubilación.

Como magistrado judicial, Aylwin se caracterizó por su celo y diligencia en el desempeño de sus labores, su severidad unida a una gran sencillez humana, su extraordinaria capacidad de trabajo, la claridad y penetración de su raciocinio y, por encima de todo, su insobornable voluntad de hacer justicia.

Tenía fama de hombre estricto consigo mismo y con los demás, pero no revestía su rigurosidad con ninguna aspereza en el trato; al contrario , era afable con todos, bien fueran sus compañeros o colegas, sus subalternos, los litigantes o la persona más modesta.

La conciencia del deber lo llevaba a no rehuir sacrificios para hacer bien y oportunamente las tareas que le correspondían. En alguna ocasión en el curso de los años treinta, le correspondió tramitar como ministro en visita, un proceso contra un grupo de numeroso de jóvenes acusados de atentar contra la Seguridad Interior del Estado. Un día, a primera hora de la tarde, la policía puso a su disposición a cerca de 70 detenidos. Aylwin empezó de inmediato las interrogaciones y no suspendió la diligencia hasta que hubo interrogado a todos, cerca del medio día siguiente. Así pudo dejar en

[4] Ese hijo fue Patricio, el mayor de la familia Aylwin Azócar.
[5] Entonces estableció su hogar en San Bernardo, donde vivió hasta su muerte en 1976

libertad a todos los que no merecían sospechas de culpabilidad y mantener detenidos solo a los que legalmente correspondía.

A lo largo de su carrera, tuvo a su cargo la sustanciación de numerosos procesos de resonancia pública. Como ejemplos pueden recordarse el del incendio de Obispado de Ancud, mientras era ministro en Valdivia; el de la Revista *Topaze* incautada y quemada por orden del Presidente don Arturo Alessandri Palma en 1938…